

MIRANDO AL MAR SIN IRA

La primera vez que vi el mar estaba el sol dentro del agua con su prominencia y sus gigantescas luminarias, no supe distinguir cuál de los dos era más grande, me detuve ante tan insólito espectáculo, solo tenía 12 años y no sabía de mareas, de olas, de orillas, mi universo miraba a otros mundos, de solanas quietas por aquí o barrancos perdidos por otra hondonada, carecía de conocimientos para discutirle al mar cualquier sonido suyo, altivez o remanso, me hicieron de seco como a un pegujal o a una amapola y allí se me reservaron condimentos y crecidas.

Desde anteayer sé mucho más, lo sé todo, estudié sus fórmulas y sus andanzas, me procuré un listado de sus alimentos preferidos, de sus gustos y de su enemistad con los humanos, ahora podemos entablar el debate al modo que a las partes apetezca o disimular que pasábamos por aquí y nos dio por mirarlo sin prestarle más atención que al mirlo o a la arboleda, correr, con el tránsito del descuido en las prisas, hacia el lado contrario del azul para no entrar en razones a sabiendas de los tantos discursos que tiene en sus fueros internos. A simple vista el mar es finito, empieza en mis pies y acaba en tu orilla, luego se comprende -quizá con la experiencia o con la rutina- que ni empieza ni acaba, que no se corresponde con longitud, anchura, grosor o altitudes, que no admite condiciones de medidas ni se adapta a sus atípicos compañeros de viaje por cuanto de destrozo le hemos producido a sus encantos.

Y nosotros -tan infieles con el respeto y tan intolerantes con la soberbia- en algún momento de nuestra común historia comprendimos que el mar nos estaba dictando un mensaje de imposible incumplimiento y nos ordenaba su acato so pena de un castigo con cierta dosis de crueldad, de esto nos dimos cuenta mucho después de escribirle poemas, cantarle odas y enamorarnos en sus adentros y ya fue tarde para desconfiar de su altanería, ya nos había doblado las rodillas por sus mandatos al tragarse barcas y acostumbrarse en sus enfados a escupirnos con maldad en nuestros campanarios. Ese que ven, tan modoso, tan quieto, tan grande y tan adorado, ese mismo de ojos azules y zapatos blancos, ese que baila para seducir a la luna, que nos inspira romanticismo y melancolía, ese dios de la omnipotencia líquida ha sido capaz de sacar sus olas más altas para asustarnos y de romper nuestros jardines cada vez que le ha venido en gana; ese viejo imberbe, con tantos años, se mueve por interés y anega de calamidad la playa y desama a la tierra a pesar de acariciarla y besarla con toda la promiscuidad posible como imitando a los humanos. Ese indolente es el mar.

Pues ya no, quienes le mirábamos con deleite hemos determinado retirarle el afecto, desistiremos de acercarnos en la luminosidad del estío a dejarnos embaucar en sus aguas, despreciaremos sus alegorías a la belleza y jamás volveremos a poner entusiasmo al cuento de sus mareas; ya no, sabemos demasiado, no podemos sostenernos en la complicidad después de repasar su historia de mordiscos en nuestras aldeas; no compartimos su máscara ni necesitamos su

fisonomía en nuestro universo, ya no.

Dirá en su descargo que somos los depredadores de su fauna y de su conciencia, que le surtimos de basuras hasta insospechados límites, que nos aventaja en edad, que le hemos usado mucho para nuestras batallas y nuestros desafíos y nos pedirá cuentas del deshonor que le supuso cada ensayo de bomba y muerte en su territorio; dirá que no le protegimos cuando las tormentas ni le pusimos cuidado a su espuma ni nos sentimos orgullosos de su colaboración al sustento del gremio, incluso dirá que le tenemos envidia por ser tan sobradamente superior a nuestra especie. Ya no, ya conocemos su estrategia y su rumbo para dominar el universo, somos menos crédulos y más espabilados, nos valemos y entendemos que solo es una gota gorda de agua sin apenas sabor y sin color, sin capacidad para aplacarnos la sed o mantener las cosechas, que nunca aprendió nuestro lenguaje para comunicarnos sus pensamientos o avisarnos de los desastres, que no sabemos jugar juntos por su falta de ternura.

Al mar no le debemos pleitesía y nadie podrá convencernos de su misión de salvador de la tierra y del aire, este desgarró será el final de un compromiso de afección a su magna estructura, desde ahora los humanos fantásticos olvidarán la querencia y se irán a manchar campos o desiertos que del mar no se esperará la entrega ni el tardío abrazo para un posible regreso. Habremos discutido de esta idoneidad todas las veces, infinidad de veces para llegar a la conclusión del desapego del mar. Pudo ser nuestro mejor sueño y acabó en pesadilla, el malvado mar y sus miserables consecuencias ha roto la pauta del deseo admirable, no perseguiremos gaviotas en la arena ni seremos adictos a su dictadura de placer.

Diseñaremos un espacio nuevo, un río inacabable que se comunique con otros ríos, que recorran todas las tierras del mundo, que sean fructíferos y amables con los humanos, que alimenten especies y juntos lleguen a un lugar infinito y ancho, muy ancho, donde sean el remanso deseado por la humanidad para bien de cada cual de los seres vivos invitados a tan grandioso invento; celebraremos su nacimiento, los músicos le harán canciones, los románticos se bañarán en sus cristalinas aguas y los poetas le escribirán odas adorativas y será la obra perfecta que se quedará como símbolo egregio hasta las diez próximas eternidades y adiós mar, hasta nunca.

Solo nos falta empeñar nuestra ciencia en fabricar una única gota de agua, sin color, sin apenas sabor, que se multiplique y se haga indomable y sepa bailar para la luna y esconder los ocasos y encender las primeras luces, algo así como un mar pero sin nosotros.

SEUDÓNIMO: MAR DE LEVA

